

poniendo que han pensado en ello, siempre pueden meditar con fruto esta breve exhortación de uno de los suyos: «Recordemos que en nuestro país no gustan todavía los predicadores con levita.» (1)

«Según él, el gran golpe de santa locura que ha de cambiar el mundo, si es que ha de venir, será dado en las turbas que no cuentan con bachilleres, y será desencadenado, al menos probablemente, por uno de esos seres que se han sacrificado, que son los ministros naturales de las locuras santas con la virtud de su vestido y de sus tres votos de pobreza, de castidad y de obediencia.» (2) Puede ser verdad; pero mientras esperamos ese gran golpe, nadie es capaz de poner en duda el servicio que á la hora actual haría «uno de esos hombres separados de los demás por su hábito y por el insondable misterio que señala su frente» (3) si pudiese presentar en todo su esplendor, al hombre, al cristiano, al Cristianismo desembarazados de las malezas que en torno de ellos han acumulado las falsas civilizaciones.

Esto hace el P. Weiss en su «Apología del Cristianismo».

- (1) V. de Vogüé, *Heures d'histoire. Les cigognes*, p. 30.
 (2) V. de Vogüé, *Heures d'histoire. Les cigognes*, p. 32.
 (3) V. de Vogüé, *Heures d'histoire. Les cigognes*, p. 31.

INTRODUCCIÓN Á LA SEGUNDA EDICIÓN

1. **Derecho y necesidad de hacer un tratado apologético de la vida cristiana.**—Imposible tender la vista al largo catálogo de apologistas cristianos, desde los principios del Cristianismo hasta nuestros días, sin sentirnos dominados por un respeto grandísimo hacia el espíritu humano. Pero la lucha que dividió al mundo en dos campamentos rivales ofrece de una parte y de otra el espectáculo de tanta solidez de espíritu, de reflexión y de seriedad, que nos sentimos obligados á pagar un tributo de admiración, no sólo á los defensores de la fe, sino también á los mismos adversarios. Porque no son espíritus ordinarios los hombres á quienes se combate con obras tan poderosamente combinadas, tan artísticamente ordenadas, y tan delicadamente trabajadas, como la Suma contra los Gentiles, para no citar más ejemplos. Hoy tendría que habérselas Santo Tomás con impugnadores que no tienen ni la penetración de espíritu necesaria para presentar tales dificultades y comprender tales refutaciones, ni la seriedad suficiente para seguir discusiones tan profundas. Además, consideremos como señal de honor para aquellos tiempos que pasaron haber combatido hasta aquí, ya en contra, ya en favor del Cristianismo casi exclusivamente en el terreno de las enseñanzas de la fe propiamente dichas, é inclinémonos, llenos de santa veneración, ante los que defendieron la Revelación en ese campo de batalla, con tanto valor y con tanta habilidad.

Pero han cambiado los tiempos. Hoy estamos ante adversarios que en su mayor parte no quieren presentarnos

batalla en terreno tan difícil, ni aceptarla tampoco, si nosotros la presentamos. Nos vemos, pues, obligados á buscarlos donde podamos encontrarlos, y á combatirlos con las mismas armas con que nos provocan. Motivos excelentes que muestran sin duda la oportunidad de unir los dos dominios á que hasta el presente ha estado confinada la Apologética, á saber, la prueba de la divinidad del Cristianismo, y la prueba de sus doctrinas consideradas individualmente, otra parte más vasta todavía, la justificación de la vida cristiana tomada en su más lata aceptación. Por consiguiente, no comprendemos sólo la vida exterior, sino también, y con preferencia, la vida moral íntima, y, ante todo, las bases y las doctrinas morales sobre que descansa la vida entera. No es esto decir, sin embargo, que estas bases y doctrinas morales no contienen doctrinas de fe ó que la tarea que hemos emprendido no lleva consigo la necesidad de hacer uso de gran número de principios que tienen su lugar entre las doctrinas de fe en sentido estricto de la palabra, como ha sucedido muchas veces á los apologistas que han hecho entrar muchas verdades morales particulares en el marco de sus discusiones. Mas queremos, por vía de ensayo al menos, someter á un minucioso examen individual, y reunir en un haz compacto los principios fundamentales de la civilización cristiana y el conjunto de doctrinas y de puntos de vista generales por los cuales se ha desarrollado. Consideraremos también seriamente los errores que en su camino ha ido sembrando una crítica sin prejuicios.

2. ¿Por qué no se ha dejado sentir imperiosamente hasta la fecha la necesidad de semejante tratado?—Acaso causará asombro de que no se haya dejado sentir antes la necesidad de semejante trabajo. Porque ¿se moralizó nunca más que en los tiempos del racionalismo, ó se ha creído posible disculparse y excusarse de haber deshechado la fe por exceso mismo de moralismo? Bien lo manifiestan las voluminosas obras de moral debidas al período del Iluminismo, el diluvio de historias morales, de pre-

dicaciones morales, de cánticos morales, de biografías morales que en aquella época aparecieron. Todo se ensayaba para probar de palabra y por escrito que es falso deba zozobrar necesariamente con la fe la moralidad. Pero eso mismo es una explicación de por qué, de parte del Cristianismo, no hubo empeño ninguno entonces en favor de la cuestión moral, y lo hubo y muy grande en favor de las materias de fe. Pero, cuanto más levantaron la voz aquellos defensores de la moral sin religión, más consiguieron que conociese el mundo que el corazón sin la cabeza no puede hacer el hombre completo, que todo esfuerzo moral sin la fe no puede dejar de ir á parar al error, y que es imposible hacer madurar los frutos si se corta la raíz del árbol que los sustenta.

De donde se sigue que jamás se ha sentido más vivamente la necesidad de la defensa fundamental de las doctrinas de la fe, que en los días en que se empeñaba el misterio de iniquidad en minar la fe y la religión con una moral sin religión.

3. La lucha actual contra el Cristianismo.—Poco á poco se ha dado cuenta el enemigo de que podía luchar contra el Cristianismo con resultados más positivos, atacando á la vez al dogma y á la moral. Si, se ha convencido de que era trabajo perdido socavar la religión cristiana con una moral humana. Mientras se crea obligado el hombre á una moralidad digna de sí mismo, no podrá servir de instrumento para trabajar con resolución en la destrucción del Cristianismo. Pero llega un día en que el hombre no vive como hombre, y va tan lejos en su extravío, que considera como atentado á sus derechos toda tentativa de mejoramiento moral. Entonces ve desaparecer debajo de sus pies el suelo en que nació y floreció el Cristianismo. Es cierto que podría Dios hacer surgir de las piedras inanimadas hijos de Abrahám, santos en los cuales encontrase sus complacencias; mas no lo podría hacer sin transición. Tendría que comenzar por hacer hombres. Y mientras no les diera esa forma, no podría la gracia operar en ellos nada elevado.

Ha cambiado también el plan de ataque contra la fe; y, á juzgar por las apariencias, no se ocupan directamente en la fe. Todo el combate es contra la vida cristiana y contra la moral cristiana. Se sabe perfectamente que si se zapa la vida cristiana en sus cimientos, seguirá inmediatamente la ruina de la vida natural del hombre. Y suponiendo que se llegue al primer blanco, se tendrá ya terreno en el cual germine la semilla de la incredulidad y se perderá toda la influencia del Cristianismo.

¿Quieren verse las preferencias que se tienen por este último sistema de combate contra el Cristianismo? No hay más que consultar la literatura contemporánea. Ella nos da pruebas innumerables. Testigos las obras cuyo número aumenta cada día, y que se dan á conocer con los nombres sonoros: «de Historia de las Costumbres, Influencia de la civilización, Orígenes de la civilización, Historia general de la civilización, Historia de la civilización de los Alemanes, del Oriente, del Imperio Romano, Historia de la civilización del siglo XVIII y del siglo XIX»; hacen el mismo trabajo—si bien de una manera más lucrativa—que otros libros que se presentaron en otro tiempo con títulos menos pomposos y menos eruditos, como: «Misterios del Serrallo, Misterios de la Corte de Sajonia, Misterios de Berlín, Misterios de París.» Lejos de nosotros el pensamiento de citar todos esos nombres para echar un borrón en la historia de la civilización. ¿Pero no es irritante que con un pequeño número de conocimientos superficiales que apenas si bastan para componer una novela histórica, se pidan prestadas á la historia todas las imposturas imaginables, reuniéndolas para dar á una obra engañadora el título de obra científica?

«Como acechan las moscas en legiones
La presencia de llaga en cuerpo hermoso.» (1)

Y los hombres que descubren como instintivamente la basura más oculta doquiera que se encuentre, que esti-

(1) Pritze, «Indische Sprüche», 41.

man en tan poco lo noble y lo hermoso, como el buho la luz, con la máscara engañadora de la ciencia, extravían á millares de personas en los caminos de la moral y de la fe. Gracias á su disfraz, obtienen grandes resultados en lo que nada harían con una obra que expusiera su objeto y su fin á la luz del día. Su designio no es sólo arrojar la virtud del corazón de sus lectores; se empeñan también en destruir la creencia en la virtud, y principalmente la fe en la eficacia que tiene la doctrina de Jesucristo para implantar la virtud y para hacerla crecer. Para llegar á su fin, acumulan, sin cesar, todos los documentos antiguos y modernos, verdaderos ó falsos, demostrando cómo cayó aquí un cristiano, y cómo allí un Maestro del Cristianismo negó con su conducta lo que profesaba con sus labios. Y á cada momento exclaman con énfasis de triunfo: «Ved, todos son lo mismo: son tan contrarias á la naturaleza sus doctrinas, y de tal manera irrealizables sus principios, que ni ellos sabrían obrar de otra manera.»

Y con todo eso ¿qué pretenden? ¿Fundar una mejor y más pura moral? Si semejantes deseos tuvieran, no emplearíamos contra ellos semejantes expresiones. Pero quien forma tan nobles y tan hermosos designios, no va á excudriñar en el lodo con visible complacencia, capaz de causar celos á todos los Voltaires y á todos los Zolas del mundo. No, no se proponen una obra de mejoramiento. Dicen con sonrisas que denuncian el desdén: «Somos malvados, pero sois más vosotros; al menos nosotros somos sinceros, y proclamamos con franqueza que la virtud y la santidad no existen. Pero la Religión conduce además al hombre á la hipocresía, y le fuerza á forjarse ilusiones sobre una virtud que es imposible. Por consiguiente, atrás, escuela de mentiras. Vivid como han vivido los hombres de todos los tiempos, y echad á un lado vuestra falaz hipocresía. Echad á un lado la Religión y á sus falsos devotos que con capa de piedad no hacen más que abandonar-se á todos los vicios.»

4. Entre adversarios, es injusto echarse en cara

enfermedades morales.—Sí, es cierto; la vida de muchos cristianos es un mentís dirigido á su fe. «Nosotros los Mongoles, decía un día el príncipe Mangou-Khan al célebre franciscano Rubruquis, creemos en la existencia de un Dios, y á él se eleva nuestro corazón. Mas de la misma manera que ha dado á la mano dedos diferentes, ha trazado diversas leyes á los hombres. Á vosotros, cristianos, os ha dado las Escrituras que vosotros no seguís. No sabéis hallar escrito en ellas que está prohibido injuriar al prójimo, y hacer torcer el Derecho con dinero. Á nosotros nos ha dado nuestros adivinos. Hacemos lo que nos dicen, y con esto vivimos en paz». (1) Así juzgan millares de personas, ya por una especie de miopía intelectual, ya por malicia, ora por afición á contradecir, ora por el deseo de ahorrarse un examen circunstanciado, ó la aceptación de esa doctrina que á veces honran tan poco sus partidarios.

Aunque no sea raro ver que los cristianos adoptan los mismos procedimientos con respecto á sus adversarios, y que, gracias á la miseria humana, no falta materia, no es menos verdad que debe ser condenada y anatematizada conducta semejante. La doctrina de un adversario no es falsa, ni verdadera la doctrina opuesta, porque aquél no conforma sus obras con su fe, ni porque sea mejor ó peor la conducta de éste. En otro tiempo cayeron lamentablemente dos Diáconos de la secta de los Donatistas. Los católicos de la Iglesia de África echaron en cara á sus adversarios aquel hecho con transportes de alegría soberbia, vanagloriándose de que tales hechos no tenían lugar entre los individuos de su Clero. Con sublime dignidad, y con sentimiento verdaderamente cristiano, expresó San Agustín la tristeza que le causara conducta semejante. «Debo declararos, les dijo, que habéis obrado mal.» No escucharon sus palabras. No mucho tiempo después, en la casa misma del Santo se desarrolló un acontecimiento deplorable de notoriedad pública. Se sirvió de él para dirigirles con serenidad y dulzura la siguiente amonestación: «Con esto os ha ense-

(1) Rubruquis. *Voyage en Tartarie*, 46.

ñado Dios á que no imitéis á los enemigos de la fe. Como no tienen medio alguno para defender su falsa doctrina, para justificarse tratan de reunir todas las faltas de los cristianos, si es que además no añaden por su parte algunas falsedades odiosas. En cuanto á vosotros, no debéis afearles más que una cosa: que no poseen la verdadera doctrina.» (1)

5. Fuerza probatoria que tiene la buena vida moral.—Lejos de nosotros, sin embargo, la intención de poner en duda la importancia de la conducta de cada uno; no es indiferente, ni respecto del individuo, ni respecto del todo social de que forma parte. En cuanto al individuo, consiste, no sólo en que posea la verdad, sino también en que viva según sus enseñanzas, porque: «No son justos delante de Dios los que oyen la ley, mas los cumplidores de la ley serán justificados.» (2)

El bien de la sociedad depende, no sólo de la verdad profesada libremente y llevada al conocimiento de todos, sino más bien de la verdad aplicada á la práctica de la vida, porque: «La justicia eleva las naciones, y el pecado hace á los pueblos miserables.» (3)

Depende también de la vida de los miembros de una sociedad el juicio que se forma de su valor ó de su falta de valor: y esto en ninguna parte llama la atención tanto como en el Cristianismo. La fe es la base y el principio de toda justificación. «Así como sin fundamento no hay edificio posible, sin la fe, no puede haber vida sobrenatural ni felicidad.» (4) Pero así como no hay edificio con sólo los cimientos, si sobre ellos no se hace más obra, del mismo modo no es más que un montón de escombros la fe sin las obras. Por eso está íntimamente ligada á su fe la vida de los cristianos. Su mismo Maestro pronunció estas palabras: «Por sus frutos los conoceréis.» (5) Y no duda afirmar uno

(1) Aug. ep. 78, 8 c. *duas epist.*, Pelag. 3, 5, 14; ps. 65 n.º 5.—Chrysost., *in Gal.*, 1, 2.—Gregor. Mag. *Mor.*, 11, 38.

(2) Rom., II, 13.

(3) Prov., XVI, 34.

(4) S. Marcos, XVI, 16.—S. Juan, III, 18, 36.

(5) S. Mateo, VII, 16.

de los primeros y de los más ilustres defensores del Cristianismo, Tertuliano: «que por la conducta puede juzgarse de la naturaleza de la fe, porque la clase de vida que se lleva, indica la doctrina que se profesa.» ⁽¹⁾

Cierto que sería muy poco pesada la tarea del apolo-gista cristiano, si la vida de aquellos cuya fe trata de defender no fuera causa de que «fuera blasfemado el nombre de Dios entre los infieles», ⁽²⁾ y «si hicieran brillar su luz delante de los hombres para que vieran sus obras buenas, y dieran gloria á su Padre que está en los cielos.» ⁽³⁾ En esta materia tenían mejor punto de apoyo los antiguos apolo-gistas. Sin largas discusiones, podían presentar á los paganos la vida de sus correligionarios, sirviéndose de ella para probar su doctrina. Esta era siempre la prueba principal que daban en aquellos tiempos de mártires y de santos: «No pueden dejar de ser la verdad misma la Religión que inspira tanto entusiasmo por la santidad y la Iglesia que merece el sobrenombre de santa hasta el punto de no poder negarlo vosotros que sois testigos oculares.» Sólo el que ignora que el ejemplo vivo tiene incomparablemente más victorioso ascendiente que la persuasión de la inteligencia, puede negar que semejante demostración obtenía más lisonjeros resultados que las pruebas que les suministraba su erudición. Hay millares de personas que jamás han escrito una letra, que jamás han pronunciado una palabra de refutación ó de enseñanza, y sin embargo, con la influencia de su conducta han llevado al templo de la santidad más incrédulos, más almas devoradas por la duda, más pecadores, que los más eruditos controversistas y los más elocuentes predicadores.

6. Sin embargo, no basta ella sola.—No debe darse, sin embargo, á esta idea más importancia de la que pudiera tener. Por efecto de observaciones y de influencias personales, se entusiasman muchas gentes ante la doctri-

(1) Tertuliano, *Præscript.*, 43.

(2) Romanos, II, 24.

(3) S. Mateo, V, 16.

na cristiana. Desgraciadamente otras muchas no sacan sino prejuicios y aversión. Mas no debe buscarse ahí la solución completa de la cuestión. Siguiendo ese camino, jamás saldríamos de objeciones y réplicas, de lamentos y respuestas. ¿De qué sirve la Religión si no ennoblece las costumbres y no hace mejor el corazón? De todos los labios sale esta objeción. Pero tenemos derecho de preguntar á los que hablan de esta manera: «¿No ha obrado nuestra Religión millares de veces este prodigio? ¿Por qué obstinaros en no ver sino el lado malo, pasando en silencio todo el bien que ha hecho? Si hay muchos que le cierran el corazón, ¿qué queréis concluir de ahí, sino que son hombres á quienes no puede violentar en su libertad la Religión?» Y responden: «Cierto, pero una Religión que se presenta como sobrenatural y divina ¿no debe promover un mejoramiento radical en todo y por todo? No obstante, hay muchos cristianos que son peores que los paganos.» No dejaremos sin respuesta esta objeción. Para refutarla, y para demostrar que nuestra fe ha mejorado el mundo, invocaremos sin temor el testimonio de la historia. Pero esas tristes observaciones que pueden hacerse respecto de muchos cristianos y en diferentes tiempos, y cuya exactitud reconocemos de buen grado, no prueban otra cosa que la verdad de esta sentencia: «La peor corrupción es la corrupción de lo mejor.» Ya se ve que tenemos defensa contra semejantes censuras. Mas dejemos esta cuestión que nos aleja del fin que nos hemos propuesto. Volveremos á tratarla más á fondo.

7. La primera fuerza demostrativa pertenece á la doctrina. Si seguida ésta exactamente, hace perfectos, es verdadera.—Es verdad que desempeña aquí la vida importantísimo papel; pero, ¿debemos apoyarnos en esto, y decir que debe preferirse el panteísmo de Espinosa á la fe de San Jerónimo, porque el primero llevaba una vida retirada y apacible, mientras el segundo más de una vez combatió á sus adversarios con energía verdaderamente terrible? No. Juzgaríamos así, si la causa de tal violencia hubiera sido la fe de San Jerónimo.